



Vicios de abaco



Una sombra en el tejado hizo mirarme al espejo y  
 rimos entonces, él y yo, que no eran de agua sino de un  
 material de aspecto duro y brillante, como tal vez, que usaba  
 como si se tratase de una bandada de búhos y les confería, a  
 ellos, la cualidad de espirales polvorrientas ensorijándose en  
 las narices de los albedos para, acto seguido, desvanecerse por  
 el pavimento resbaladizo sembrado de escodas transversales y  
 multicolores, ribeteados de oropeladas repetidas en un tono  
 quebrado, lastimero, que oscilaba entre las satíricas cuantas  
 de un número indeterminado de ojos y el estazo deambular  
 de faldas abaladas por opacos pseudumbres, el pie de una  
 letra ilegible que si poco comprendían, muchos trataban de  
 esquivar ocultándose a la sombra de no sabría, nunca,  
 preclar que fatídicos deslintos que los perseguían causando,  
 en su presuroso transitar, el latido obscuro de carcajadas  
 ensescentes -rellidas del color de una sangre que a lo largo  
 de cientos de suspiros erróneos se había vuelto insensible -  
 que se dejarían dar lejos o demasiado cerca dependiendo, en  
 todo caso salvo en ocasiones tan escasas que los pocos que  
 alguna vez pudieran atrapar alguna la guardarían bajo siete  
 llaves, de si mañana, o al cabo de la calle principal donde  
 debían en un principio alzarse los edificios más emblemáticos  
 de la ciudad, iban a ser cercenadas las esquinas romas de un  
 pasado angosto o, muy por el contrario - en un futuro que por  
 qué no atreviese a predecir cuando qué se cristigaba y  
 atendiendo a exigencias de quienes por entonces esgrinaban  
 el honor de saber envidiarse de ser agasajados, nada fídel -,  
 desechado por fin el ambicioso proyecto e inpuesta la  
 necesidad de resignarse ante la evidencia de que los tiempos  
 que corrían canchinos y pálidos y demudados no daban  
 público o tanta atención ni regias o tanto boato como se  
 desprendía lenta muy lentamente de las comisuras ojadas de  
 tantos paramentos - ornadas hasta entonces de un cierto  
 vendor demasiado escueto - impregnando las ropas y los  
 rostros de un color más oscuro que el del día anterior, elogiar el  
 demudo con que algunos encaresiese la conveniencia de  
 colocar un letrero en el que se pudiese leer o cualquier hora  
 del día o de la noche **PROHIBIDO FISAR EL CÉSPED.**

## Aquella cara

